

CANTORA Y NATURA

Autor: Andrés Román

En lo más remoto de un pueblo protegido por montañas, asentado sobre un valle, nació un día soleado una bella niña. Sus padres por su oficio decidieron llamarla Cantora. Ellos llevaban agua en cántaros del río hacia el pueblo. Su cabello, cuando nació, era negro; tanto como el ébano, su piel era blanca como las nubes en día de verano, sus labios eran rojos como el tinte de una rosa, sus grandes ojos eran tan azules como las aguas del río en el que sus padres trabajaban. Mientras ella crecía, desarrollaba su fuerza sin perder su dulzura; era la más hermosa del pueblo y de ella todos los hombres querían ser su esposo, pero era una mujer dedicada a la Naturaleza, apasionada por la vida silvestre; jamás pensó en dar su corazón a una persona.

Una tarde al crepúsculo se sintió sola, algo en su ser faltaba, ya no era solo la Naturaleza la que le acompañaba, sino que necesitaba de alguien más. Mientras ella se sumergía en una tristeza profunda, en lo más alto del Cojitambo, había un Dios, que por despreocupado, decidió sentarse en la cima a descansar. Justo antes de conciliar el sueño escuchó el sollozar y las súplicas de una mujer; molesto por no poder conciliar el sueño, prestó atención a lo que la mujer rogaba: “Pido a algún dios se apiade de mi corazón y la pena que me embarga, porque no existe hombre a quien yo ame en esta tierra”. Entonces el Dios, se echó a reír y desde lo más alto levantó su mano y dijo: “ Que de ti, Madre Tierra, nazca un hijo propio para esta ilusa”. Tembló la tierra, los arboles crujieron y de los últimos rayos del sol a los pies del Cojitambo, nació Natura, un hombre esbelto, con la fuerza de un roble, la inteligencia de un águila, el corazón frío como un nevado, la piel canela, tan tersa como una hoja con el rocío de la mañana, el cabello dorado, tanto como el último rayo del sol, los ojos tan verdes, como las copas de los árboles y el espíritu tan solitario como Cantora.

Su llegada al pueblo asombró a todos los moradores, la gente murmuraba; “Hombre tan bello solo a de ser hijo de reyes” “A lo mejor es un príncipe en busca de una princesa”. La máxima autoridad del pueblo, decidió realizar una bienvenida a este hombre, el cual cautivaba la atención de todos los moradores.

Con toda la organización preparada, los padres de Cantora salieron a buscarla al bosque, antes de emprender camino. Natura se acercó y les pidió que le permitieran ir a buscarla, sin réplicas los padres aceptaron. Él emprendió camino y en lo más lejano de una gruta, la encontró sentada sollozante suplicando por su amor: Sin temor alguno él se acercó a ella, la tomó de la cabeza y la acercó hacia sus labios.

Aquel profundo beso, abrió la penumbra de la noche. Él le dijo; “Yo he sido concebido por tus deseos, soy la Naturaleza misma”. Fue entonces que un llanto profundo brotó de su garganta, agradecía a los dioses por haber escuchado sus súplicas.

Los días en parejas se volvieron semanas, luego meses, y después años. La convivencia era armónica, pero ella sentía que el amor por parte de Natura no era real. Un día en la plaza, realizando las compras de los fines de semana, se dio cuenta que todos deseaban tener cerca a Natura. Todo de él era perfecto, su forma de hablar, de reír, hasta su forma de enojarse con los demás. Ya no era desconfianza, eran celos por la humanidad, los que le llevaron a la locura.

Un día lluvioso, Natura desapareció, pero no del pueblo, sino que de la Tierra, pero él había dejado una carta. “Cantora, de tus deseos yo surgí, yo

te pertenecía, pero cuando ya estábamos juntos, dejaste de lado lo que una vez de ti amé, lo siento mi amada, pero regreso a formar la esencia de lo que un día tú amaste”.

Pasaron días, pero nadie sabía de Cantora, sus padres fueron a buscarla, y en la cima del Cojitambo la encontraron petrificada, castigada por los dioses, por su irreverencia por no saber apreciar el regalo que ellos le enviaron. Su castigo fue llorar a cántaros por la eternidad la pérdida de su amor por culpa de su desconfianza.

